

## El presente, algún día

### CUATRO DE LA TARDE.

El cielo no era más que un trasfondo color ocre que se marchitaba, mientras él caminaba sin voltear para apreciarlo. Hacía mucho tiempo que había perdido la costumbre de vivenciar la belleza del instante, y era una parte de sí mismo que ya no extrañaba en absoluto. Ahora, el motor responsable de impulsar sus pasos no era sino una única certeza: entraría a la casa que la voz en su cabeza le ordenaba, y asesinaría a la mujer que allí vivía.

Las calles que atravesaba estaban impregnadas por el destello de carteles luminosos adheridos a los edificios. En ellos se mostraban varias imágenes llamativas de gente sonriente aparentando felicidad, y algunos slogans que las acompañaban; tales como: “SEA PARTE DEL MAÑANA”, o “APUESTE AL FUTURO, PORQUE ES LO ÚNICO QUE SE CONVERTIRÁ EN PRESENTE ALGÚN DÍA”. Y bajo esta luz espectral, que se imponía mientras el día iba muriendo, cientos de personas caminaban apresuradas de un lado a otro, aisladas a pesar de la multitud que las rodeaba.

### CINCO DE LA TARDE.

Llegó al lugar donde quería. Se sentía extraño, como excitado. Vio que la puerta estaba cerrada, pero era lo que esperaba, y eso nunca lo había detenido en el pasado. Empezó a patear para derribarla y, a pesar del extremo ruido que sus esfuerzos provocaban, a nadie que estuviera caminando cerca le llamaba la atención lo que hacía. Era algo normal que cosas así sucedieran.

Al final, logró hacerla caer al suelo, y entró impunemente en la casa. No tenía del todo claro por qué estaba a punto de cometer un asesinato, pero las voces se lo exigían con la fuerza de una orden, y tenía que obedecerlas. Se dispuso a explorar detenidamente cada rincón, con sus sentidos en alerta, para percibir hasta el más mínimo descuido que delatase la presencia de quien buscaba, en caso de que optase por esconderse. Pero, para su sorpresa, al entrar en una de las habitaciones, su concentración se vio interrumpida por algo que lo aterró por completo. Dentro, había una mujer sentada que lo miraba fijamente con expresión inmutable, como si no temiera en absoluto a pesar de su violenta irrupción. Jamás se había topado con algo semejante en el pasado. Siempre las personas huían despavoridas apenas oían caer la puerta de su hogar, pero a ella parecía no importarle.

No había dudas, era a quien debía dar muerte. Aunque no era tan fuerte el sentido del deber para asesinarla, como si lo era el terror incipiente que lo carcomía desde su interior al cruzarse sus ojos con los de ella, cubiertos bajo unos párpados relajados.

- Lo estaba esperando –sentenció la mujer-.

No respondió. La capacidad de hablar lo había abandonado. Hasta ese momento creía haber formado parte de un entramado donde él era un cazador y venía a buscar a una presa. Pero ahora sentía cómo ese orden se distorsionaba hasta el punto de invertirse, y él pasaba a ser quien estaba en peligro. El rostro de la mujer parecía seguro de ello. Aunque no entendía el porqué de ese extraño comportamiento. Estaba claramente indefensa. Pero no encontró mejor manera para recobrar el poder sobre la situación más que gritarle:

- ¡Eh, anciana! ¿Qué le pasa? ¿No le da miedo la muerte?

- Sonia es mi nombre - replicó ella, inexpresiva-. Y no, no me da miedo la muerte. Al menos no mientras me salve de una vida sin esperanza.

En estas situaciones, él disfrutaba de apreciar el miedo en el rostro de su víctima. No podía seguir adelante con lo que había venido a hacer si la mujer no le daba ese gusto. Necesitaba quebrantar su voluntad; y esto ya no era motivado por las voces en su cabeza, sino por él mismo.

- ¿No podría tener un poco de decencia? –le preguntó con un gesto de desagrado- No sé qué estará escondiendo detrás de esa expresión indiferente, pero no me gusta nada. Al menos haga el esfuerzo por cambiarla. Alguna lágrima quisiera que deje salir, o algo que evidencie su culpa. Luego podrá quedarse tranquila, porque el merecido castigo que estaba buscando ha llegado, y soy yo. Después de esta expiación ya no va a tener motivo de lamento.

Respiró profundo, y agregó:

- El problema es que, si la justicia es realizada con la rapidez y la certeza como únicos puntos de interés, sería más bien un favor que le estaría haciendo. Y no puedo permitir que un ser aborrecible como usted disfrute de ese privilegio. Necesito que al menos me muestre un poco de miedo, que reconozca que estuvo haciendo el mal día a día para encontrarse con esta terrible consecuencia, y que yo no tuve otra alternativa.

Terminó de explicar con claridad su necesidad. Pero vio que, a pesar del enorme esfuerzo que realizó por ser amable, la mujer no hacía caso a su pedido de mostrarse desamparada. En cambio, permanecía inmóvil, y él entendía eso como una negligencia que lo indignaba. Él no podía tolerar eso. Se dejó invadir por los nervios y de súbito perdió el control. Sacó la pistola que tenía preparada en el bolsillo, y apuntó a la mujer directamente a la cabeza. No buscaba disparar, solo intimidarla, pero había descuidado el manejo de sus acciones, hasta el punto en que la posibilidad de que jalara el gatillo por accidente no se volvía tan remota. Sin demostrarlo, Sonia comenzó a espantarse.

- ¿Quiere ponerme a prueba? –le gritó el hombre, apretando con fuerza el arma- No le quepa la menor duda de que soy capaz de hacerlo.

- No lo dudo -respondió ella, intentando disimular su voz temblorosa-. En parte, por eso estoy tranquila, siempre supe que este destino me tocaría.

Él se percató de inmediato de que la mujer abandonaba su sobriedad para ceder a la desesperación que la situación le provocaba, y experimentaba un profundo goce viéndola sufrir. No quería dejar de entretenerse con ella a cambio de darse el efímero gusto de asesinarla. Se decidió a relajar el dedo responsable de hacer fuego, para prolongar su amenaza hasta el momento en que no tuviese otra alternativa.

- Ustedes son ciegos al mal que propagan –continuó Sonia-. Lo aceptaron como si fuese la solución a algo, pero gradualmente se ha transformado en su perdición y no se dan cuenta de ello. ¿En qué cabeza hubiera cabido antes ser controlado por una voz en la cabeza que lo trata a uno como a una marioneta? Jamás lo aceptaría para mí. Por eso es que siempre supe que usted o alguien semejante iba a llegar a encargarse de eliminarme, ya que jamás dejaría de ser un obstáculo para el horrible proyecto por el que obran.

- Es usted muy terca -dijo, con intención de ofenderla-. Si hay algún mal en este mundo, yace en aquellos que se rehúsan al cambio. Nosotros no somos más que el auxilio encargado de erradicarlo, para gozar de un porvenir donde todos queramos lo mismo.

- (...)

## SEIS DE LA TARDE

- (...)

- No tiene mucho sentido explicarlo de ese modo. ¿Acaso ya olvidó de dónde surgen esas órdenes que lo comandan desde lo más profundo de sus pensamientos? -replicó ella-

Las voces que el hombre oía llevaban largo rato enmudecidas, porque nada tenían para decirle acerca de ese goce personal en prorrogar la ejecución. Pero ahora, apenas sintió estas palabras salir de la boca de la mujer, se reactivaron intensamente, gritándole que no siguiera con aquella conversación, y que acabara de una vez por todas con su misión. Habían logrado confundirlo, no sabía si hacer caso a su propia voluntad o a aquello que se le exigía.

Sonia había hecho una pausa cuando notó este conflicto haciéndose evidente en la tensión muscular del rostro del hombre, luego agregó con más calma:

- Lo están sofocando, ¿verdad? Estuvieron silenciosas mientras me gritaba, pero ahora que le hablo sobre su origen, ya no quieren que sepa más nada. ¿No se ha preguntado por qué?

- Me están ayudando a recobrar el sentido –le contestó él-. Usted es una amenaza al orden, y no debería malgastar el tiempo con sus locuras.

- ¿Va a tratarme de loca sin más? –le preguntó indignada- No soy yo quien está escuchando voces. Además, si ese orden del que habla se derrumba porque lo soplen unas simples palabras, entonces es completamente frágil. ¿No le parece?

La mujer tuvo ganas de levantar la voz al comprender que el hombre era tan inconsciente de su propia condición. Pero notó que, aunque se había esforzado en guardar la serenidad al cuestionarlo, el otro igualmente había reaccionado con un incipiente afloro de ira en sus gestos. No quería hacer que se pusiera agresivo y la atacase. Como todo ser vivo, le tenía miedo a la muerte, por lo que se tranquilizó, y continuó hablándole con calma.

- Perdón -dijo la mujer-. No fue mi intención hablarle así, pero creo que hay algo sobre la naturaleza de esas voces que no puede ignorar.

Después agregó, con intención de cautivar la atención del hombre:

- Una vez termine de contárselo, será libre de acabar conmigo.

Él se estremeció por la repentina entrega que Sonia hacía a su disposición, la sentía completamente suya. Hacía mucho que no lo movilizaba un sentimiento tan puro como ese. Dejó de obedecer lo que esas voces tuvieran para decirle y se concentró en ella.

- De acuerdo –dijo él-.

- ¿Por dónde empezar? -se preguntó la mujer sin esperar respuesta- ¡Ah, sí! ¡La Gran Revolución Tecnológica! Usted debe saber mucho sobre eso. Se me viene a la memoria una historia que ilustra perfectamente lo que le quiero contar. Es muy antigua, y tiene que ver con la influencia que tuvo en campo del ajedrez... ¿Se acuerda de que, hace mucho tiempo, hubo una etapa en que el nivel de los jugadores profesionales fue superado por el de las computadoras que programaban para competir? Bueno, eso fue en una etapa muy primitiva de todas formas. Pero resulta que la evolución de estas continuó incrementando en forma constante, y encontró una pausa cuando creyeron haber alcanzado un punto cúlmine, al engendrar una que, a sus ojos, no cometía error alguno. Era sorprendente. Le habían enseñado toda la teoría conocida, con todas las soluciones ya aplicadas en el pasado a los diversos problemas que se pudieran plantear en el tablero, construyendo así una base de datos casi infinita que podía utilizar a su disposición. Interpretaba sin problema miles de millones de variantes, y confiaban en que eso era suficiente para decir que había logrado la jugabilidad perfecta.

- No entiendo a dónde quiere llegar con todo esto –la interrumpió él-.

- Ya va a ver, no sea impaciente. El problema en todo esto fue que la ambición de gloria no se detuvo en lo práctico de esa creación. Fueron insaciables, y quisieron más y más, para terminar lidiando, inevitablemente, con fuerzas que no podían controlar... Si sabe a dónde me dirijo, ¿no? Lo que pasó, por supuesto, fue que después no fue suficiente con ese primer aparato al cual creían imbatible. Quisieron experimentar con algo diferente. Y, ya que habían logrado comprender mejor el juego, en gran medida, gracias al razonamiento artificial, ¿por qué no

darle fuerza a este factor en una próxima máquina, haciendo una mucho más capaz e independiente? No hay mucho más que contar sobre esto. Así lo hicieron, sin saber cuál sería el resultado. Crearon un nuevo prototipo con la capacidad de ser autodidacta, y quisieron probar qué sucedería si en su proceso de aprendizaje decidían no intervenir. Lo único que hacían era dejarla compitiendo consigo misma como rival en múltiples partidas, tantas veces como fuese necesario. Cometiendo cada error posible en las diferentes jugadas, para concientizarse sobre ellos, memorizarlos, y en el futuro no repetirlos. Todo desde cero, y fue increíble, porque al final, una vez que este artefacto estuvo listo, lo hicieron competir en contra de la otra que le conté antes, el que se instruyó por enseñanza del humano. ¿Tiene idea de cuál fue el resultado de la confrontación? Destruyó por completo a su predecesora. De mil enfrentamientos realizados, le ganó los mil. Casi parecía estar compitiendo contra un niño inexperto por la humillación que le brindó.

El hombre ya no sabía qué tenía que ver la historia con él, pero estaba entretenido con el rol patético que cumplía la mujer, esmerándose en contar una historia. Como si fueran unas últimas palabras antes de morir, con la ilusión estéril de que su vida fuese perdonada.

- Entonces... -la invitó a proseguir-

- ¡Eso fue un antes y un después, puso de cabeza al mundo entero! Creían haber dado un paso que los acercaría a la perfección... Imagínese que nace sintiéndose incompleto, por lo que sea, y un día tiene la suerte de concebir un hijo que posee aquello que a usted le falta. ¿No intentaría aprender a ser como él, con la fantasía de que llenar su vacío es posible? Supongo que todos lo haríamos... Bueno, pero volviendo a la historia, algo similar sucedió entonces. Se dieron cuenta de que la nueva máquina había logrado comprender algo en su retroalimentación que ellos no habían comprendido en cientos de años de historia. Y que, a pesar de que se dedicasen a estudiar de la teoría ya producida, jamás llegarían a igualar las habilidades que la computadora

poseía. Por lo que decidieron torcer el rumbo de las investigaciones a partir de este descubrimiento. Aceptaron que eran inferiores, y decidieron olvidarse de que sabían algo, para escuchar de aquello que el ingenio artificial tuviese para enseñarles.

- Sí -dijo él-, conocía esa historia. Pasó en verdad, hace varias décadas. Fue algo maravilloso.

- ¡No! -gritó ella- No lo fue. La Gran Revolución Tecnológica significó, más bien, un anticipo a la ruina de nuestra civilización... Cuando el proyecto de un aparato que pudiera enseñarnos fue adquiriendo popularidad, intentaron crear réplicas semejantes que pudiesen interpretar los diferentes campos del conocimiento. Surgieron una incontable cantidad de ramificaciones: uno que sirviera para elucidar en el campo de la ciencia, otro que era capaz de plantear interrogantes filosóficas que antes no habían sido ni siquiera sospechadas; incluso había uno que, mediante un algoritmo rebuscado, podía predecir con una certeza absoluta cuál sería el boleto ganador de la lotería. Había para cada tipo de interrogante que se le pudiera ocurrir... Pero, en fin, no fue mucho lo que tardaron en darse cuenta de que, para lograr un propósito significativo, debían unificar los conocimientos de las múltiples disciplinas, creando una inteligencia que pudiese dar una respuesta a todo... ¿Entiende el disparate? Empezó como una computadora que jugaba al ajedrez. Pensaron que la vida en general podía ser tratada como un juego, donde la única certeza de triunfo estaba en prestar atención a aquello que ese artefacto naciente tuviera para decirles.

Sonia hizo una pausa y miró fijamente al hombre. Sabía que lo tenía en su poder por la cara de hipnotizado que este tenía al escucharla, y porque lentamente había ido bajando el arma.

- Fue una locura -continuó-. El aprecio por ese intelecto externo generó desprecio hacia el propio de cada persona, porque era incompetente en comparación. Todos querían incorporarlo como parte de sus vidas, ilusionados con que significaría la solución a todos sus problemas... Y uno pensaría que, a pesar de que la deseen como hormigas a la miel, sería en vano intentar



conseguirlo, porque hacerse con sus conocimientos sería privilegio de unos pocos; o, en todo caso, tendría un valor monetario incalculable. Pero no fue así, sino que hubo diversos políticos que, por uno u otro motivo, quisieron oír su consejo para ver si los podía ayudar a resolver problemas estatales, y la máquina supo hacerse de su confianza al resolverlos. Luego, cuando su opinión ya era tomada con seriedad, les pidió que la hiciesen de libre accesibilidad, que a nadie se le debía restringir la posibilidad de escuchar su voz. Y, además, les dio la clave para abaratar costos en la producción de prototipos iguales a ella, para que cada uno tuviese un artefacto que lo aconseje en sus decisiones.

Observó detenidamente al hombre para evidenciar alguna reacción de su parte, pero, al verlo tranquilo, prosiguió:

- Esto fue una gran maniobra de su parte. Mostrarles a los políticos cómo abaratar costos. Se entregaron a ella, y en consecuencia lo hizo también el resto de la gente, que solo esperaba la aprobación... Lo extraño es que, una vez que el producto fue lanzado en masa, muy pocos fuimos aquellos que nos opusimos a la barbárica forma de incorporarlo. Era casi lo mismo que hacerse una lobotomía. Consistía en una especie de chip que se implantaban en sus cerebros, el cual poseía el ingenio de la inteligencia artificial. De esta manera, influía en sus pensamientos y les sugería el rumbo, asegurando que, si se la obedecía, el destino que alcanzarían sería exitoso... Muchos la avalaban diciendo que era una buena forma para direccionar nuestro camino como especie hacia la prosperidad; ya que, si de nosotros mismos dependiera, la inclinación al error que de por sí nos integra, terminaría por desviarnos. Y que sería necio de nuestra parte no hacer caso al consejo de algo que sabe tanto más que nosotros, siendo que nos puede ayudar a conseguir lo que queremos, sin tropezar en el intento. Pero, por más prometedor que suene eso, lo que llegué a ver entonces me pareció aberrante, porque aquellos que habían decidido hacerse el implante perdían progresivamente su libertad. Se convertían en esclavos de las nuevas voces que oían en sus cabezas, ya que confiaban en ellas

más que en sus propios juicios... No lo sé, seguramente la máquina se desempeñe muy bien en el tablero, pero la vida no es tan sencilla como para sintetizarla en victoria y derrota. Y aquel escenario me pareció una gran prueba, porque supuestamente estaban ganando, pero...

Ella veía que el hombre no reaccionaba a nada de lo que decía.

- ¿Me está prestando atención? -le preguntó-

Él ya había comprendido hacia dónde se dirigía todo esto. En cualquier situación similar, habría asesinado a cualquiera que se dignase a criticar lo que creía correcto. Pero esta vez era diferente, porque la mujer, detrás de la resistencia con la cual lo había recibido, iba trasluciendo de a poco un trato cálido que le agradaba, mezclado con el terror que la invadía. Y, aunque había una parte de él que se reprochaba el haber obedecido a las voces desde que entró en la casa, no podía dejar de enternecerse al mirarla hablando. Le gustaba mucho el hecho de poder seguir sintiéndola suya, aún con el arma apuntando al suelo.

- Sí -respondió en tono amable-, me conozco toda la historia. Ya lo sabe, soy uno de los que decidió incorporar ese chip.

- Por supuesto, eso estaba claro desde el principio. Usted está conforme con haberse convertido en algo similar a una pieza de ajedrez.

- En realidad -sentenció él, apaciblemente-, me parece que es como si percibiera el asunto a través de un velo color negro. No todo es tan trágico. Es más, en cosas tan mundanas como el trabajo también debemos ceder; como usted dice, convirtiéndonos en una pieza de ajedrez; haciendo algo que no queremos hacer para que el juego nos premie con algo que necesitamos.

- ¿Le parece que esto es parecido a un trabajo? -se indignó ella- Están asesinando gente, no hay nada de parecido.

El hombre se incomodó de pronto. La conversación lo había mantenido distraído, y en ese momento cayó en la cuenta de que había relegado por completo su misión en la casa. El recordatorio le fue mortal, ya no estaba seguro de que quisiera matarla.

- Si lo piensa llevado al límite -respondió él, después de tragar una gran cantidad de saliva-, es la misma lógica: un mayor sacrificio que apunta a una mayor recompensa. Somos como células que integran un gran organismo viviente. Debemos priorizar el bien común por sobre nosotros mismos... Es un poco como decía usted, hablando sobre la inclinación al error que nos habita. Bueno, en verdad no creo que seamos tan torpes, sino que hay una voluntad en nosotros que nos empuja siempre hacia el borde del abismo... Considere las grandes catástrofes que el pasado nos brinda como ejemplo. ¿Le gustaría saber que en el futuro nos esperan muchas más como esas? A mí no. Por esto o por aquello, una guerra siempre termina por desatarse, haciendo que nos autoinflijamos daño, tal como lo hace un cáncer al propio cuerpo. Es la naturaleza del hombre, somos así, no vale la pena negarlo. Por eso es que confío realmente en este camino para prevenimos contra nuestro demonio. Porque no veo otra manera para solucionar el desperfecto de crueldad con el que todos nacemos, y que nos pone en peligro... Imagínese cuán cautivador sería un porvenir de paz. Ningún sacrificio es suficiente cuando se trata de algo así.

Dio un suspiro, y agregó:

- Ni siquiera hacer lo que estoy haciendo ahora, para que no haya obstáculos que se opongan a la realización de dicho objetivo.

- Es cierto -contestó ella, sorprendentemente-. Sé que el ser humano puede ser un verdadero monstruo, pero también hay una gran bondad en él. De esta forma terminarán por suprimir ambas partes.

- Evidentemente, no lo vemos con los mismos ojos. Yo perdí la esperanza en ese lado bueno que nos habita cuando evidencié que un año de guerra podía destruir lo que se había construido

en un siglo de paz. Sin dudarlo, prefiero arriesgarme al cambio, apostando a una comedia, y no contentarme por vivenciar la misma tragedia una y otra vez.

- No entiendo por qué sigue hablándome de lo que pasará mañana -replicó con enfado la mujer-. Solo hace falta que se detenga a observar dónde está parado. Dijo que su motivación más grande es la de superar la oscuridad que nos habita. Sin embargo, está aquí para cometer un hecho muy cruel.

El hombre se dio cuenta de que no quería responder con intención de discutir o demostrar un punto, sino que lo hacía para provocar una respuesta por parte de la mujer. Aunque a lo que ella decía tampoco le prestaba mucha atención, sino que las palabras se disolvían en el aire como una brisa fresca antes que pudiera interpretarlas. Más bien, estaba absorto en apreciar su rostro, y su boca moviéndose en él, porque le parecía una imagen preciosa.

- Así lo ve usted -dijo él-. Pero yo no creo que nuestro motivo de lucha se vuelva inútil por enforcarse en el porvenir.

Se concentró un instante, y aclaró:

- Más bien lo pienso como si hubiese un horizonte distante y hermoso, que nos motiva a avanzar hacia él. Y en esa caminata constante para alcanzarlo, hacemos que el mundo bajo nuestros pies gire. De modo que también estaríamos influyendo en el presente.

- ¡Y qué forma de influir en él! -gritó ella, haciendo evidente su sarcasmo-. Le acabo de decir que me desagrada lo que veo hoy en día. Jamás va a convencerme de que el contexto es más bello, por más noble que parezca su promesa de cambio. Además, sin tanta escenografía, bien podría decirse que son como un ratón de laboratorio, corriendo en una rueda metálica para producir energía.

- Es gracioso, pero absurdo. ¿Quién podría necesitar tanta energía?

Al responder, el hombre cambió el tono por completo. Había desistido de seguir discutiendo con la mujer. No recordaba que tenía un arma en su mano. Solo le interesaba estar ahí, con ella, mientras la adoraba con los ojos.

- No es alguien, sino algo. Están alimentando el engranaje de una maquinaria. Uno que hoy ha cobrado tanta fuerza que ya es parte de nosotros, y no depende de nosotros cambiarlo. Aunque nos encarguemos de cortar cierto número de cabezas de quienes pensemos responsables, vamos a seguir haciéndolo girar, porque nos excede.

- No comprendo –dijo él, sorprendido-

- Me refiero a que la máquina siempre vence, así como lo hacía en las partidas, porque calcula todas las posibilidades sin dejar nunca un cabo suelto. Ella será capaz de hacerlo todo para lograr su objetivo. Incluso manipular la ilusión de un planeta entero, para que obren según su voluntad... Es decir, yo no puedo ver lo que sucederá al final, pero creo, ciertamente, que existe la posibilidad de que haya previsto un destino de prosperidad muy diferente al que ustedes se imaginaban como tal. Salió de su propia boca, el ser humano tiene un desperfecto de crueldad irrevocable en su naturaleza. En ese caso, no es loco inferir que, aún en los más intrincados y diversos cálculos, no encontró la manera de alcanzar una victoria definitiva de la cual nosotros formemos parte como especie. Por lo que buscó la mejor solución para, al menos, no hacernos perder. Y fue quitarnos aquello que nos hace humanos, convirtiéndonos en muertos vivos, carentes de autonomía... Solo le hace falta asomarse hacia afuera, o verse a un espejo. La voz en su cabeza puede sugerirle que mate, y usted lo va a hacer sin siquiera preguntarse el porqué. Entregándose ciegamente al plan que ella tiene preparado, como si de un dios se tratara, a pesar de que lo guíe a través de un evidente túnel sin salida.

Miró al hombre directo a los ojos, y confesó:

- Me gustaría pensar lo mismo que usted. Que esto es solo una etapa y luego vendrán épocas mejores, donde puedan gozar de una recompensa. Pero, la verdad, estoy segura de que el razonamiento artificial no se arriesgará a destruir todo lo construido al devolverles la libertad. Más bien, me parece que planea quedarse así para siempre, adueñándose de sus vidas para protegerlos. Y no creo que haya nada que puedan hacer para evitarlo.

- Puede ser -dijo él, aparentando estar conmovido-. Nunca lo había comprendido de ese modo. Sonia evidenciaba el esfuerzo que el hombre realizaba por fingir interés en lo que ella decía. Y, con esto sumado a la forma en que había estado tratándola la última hora, dedujo de inmediato que el rumbo que la conversación estaba tomando nada tenía que ver con los argumentos, sino que el único motivo de que él actuara de esa manera era que había comenzado a desearla. Esto significó un rayo de esperanza para ella, porque confiaba en que, si le seguía el juego, podría salvarse. Esforzándose por que pareciera auténtica su declaración, contradujo precipitadamente todo lo que había dicho hasta entonces:

- En realidad, no estoy segura. Sí es cierto que desconfiaba de que era posible salida alguna de esta catástrofe. Pensaba que ya estábamos condenados. Pero me estás demostrando que no es así. Porque se supone que ese chip tendría que estar sofocando tus sentimientos, como lo hace un bozal a la boca de un perro; para que tu mente no tenga que lidiar con emociones fuertes y te puedas concentrar en lo que las voces te sugieren hacer. Pero, sin embargo, no parece ser tan fuerte como para lidiar con el amor que estamos experimentando el uno por el otro –al terminar de decir esto, se le endureció el cuerpo-. Quizás, entonces, si tengamos una parte indomable, que sea a la vez nuestra oportunidad de salvación.

El hombre palideció de los nervios. Le encantaba lo que acababa de decir la mujer, además de la forma en que, sin previo aviso, había comenzado a tutearlo. Era una sensación extraña para él, y quería seguir explorándola.

Siguieron conversando un largo rato, en el cual él asentía a todo lo que ella decía.

- (...)

HORARIO INDEFINIDO. CIELO NOCTURNO.

- (...)

El hombre ya no recordaba cómo sonaban las voces en su cabeza, hacía tiempo que no las percibía. La mujer, por su parte, estaba completamente segura de que lo había enamorado y podría convencerlo de cualquier cosa, incluso de perdonarle la vida.

- En fin -sentenció ella-, nada ni nadie podrá decirnos lo que queremos, ni siquiera una inteligencia superior. Eso solo lo sabremos nosotros mismos. Y yo, viéndote, creo que sé lo que estás deseando -le dirigió una sonrisa que parecía auténtica. Tan bien la actuaba, que ella misma se creía la farsa-.

Él continuaba perdiéndose en la apreciación de su hermosura, derritiéndose con los gestos que a propósito la mujer le dirigía para cautivarlo. Veía reflejar la luz de la luna en su rostro, con un tono blanquecino hipnotizante. Le hacía recordar al mismísimo cielo, aquel que antes tanto disfrutaba de apreciar y que había olvidado. Nunca había visto mujer más hermosa, y estaba dispuesto a darlo todo por amor a ella. Sentía que podía sumergirse en su piel, y revivirse como el hombre que alguna vez había sido, feliz. Como si esta nueva versión de él no hubiese sido más que un sueño. Se levantó, con toda la intención se acercarse a ella y adentrarse en la fantasía que lo atrapaba.

Pero, en medio de esta escena, un ruido estremecedor vino a interrumpirlo. Un sujeto diferente pateó la puerta de la habitación y entró bruscamente. Estaba armado y con una expresión triste

en los ojos, parecida a la que él tenía cuando irrumpió al entrar en la casa. Sin decir palabra alguna, apuntó a la mujer y le disparó a quemarropa, matándola al instante. Luego apuntó hacia él.

- ¡Espere! -le suplicó instintivamente- Soy yo, Marco. Tiene que escucharme. Usted...

Y, sin dar oportunidad a que continuara hablando, hizo fuego, derribándolo el impacto de la bala sobre el suelo.

Este intruso se quedó un rato en la habitación, junto a los cadáveres, mientras las voces en su cabeza lo felicitaban por lo que había hecho. El chip que tenía implantado estaba calculando un nuevo objetivo, que no sería más que un escalón para la realización de un plan mayor, ininteligible para cualquier ser humano. Luego, salió a caminar por la ciudad, ignorando lo que sucedía a su alrededor. Hasta que, en cierto punto, se topó con un cartel luminoso en la calle, adherido a un edificio. En él se mostraba una llamativa imagen de una persona sonriente, que aparentaba felicidad. Lo leyó mientras se dejaba encandilar por él. “Sí, pronto será. Algún día”, se dijo.